

dio de él, sólo una mujer, joven, de unos veinticinco años, merece particular interés por su distinción y su belleza. Está destinada á desempeñar un importante papel en esta historia, y debemos detenernos un instante en ella. El lector tendrá que seguirnos, y se verá obligado á detenerse también. En el curso de nuestra narración, muchos tipos femeninos pasarán ante su vista: ninguno, de seguro, le será tan simpático como éste.

III

Está vestida con suma sencillez, pero con exquisito gusto; su rostro se distingue por la pureza de sus líneas y la armonía de sus contornos. La frente es espaciosa, la nariz delicadamente acabada; los ojos, de un azul claro, son notables por su expresión, y sus cabellos, color rubio claro, son abundantes. La boca sonríe graciosamente y deja entrever preciosos dientes de resplandeciente blancura. El talle redondo, elegante y fino, podría creerse que

pertenece á una joven soltera, si el busto, bastante pronunciado, las cadéras desarrolladas y sobre todo su apostura, no indicasen claramente la mujer casada. Guantes de Suecia dibujan una mano pequeña, de dedos delgados y finos. El pie es aristocrático y bien calzado. En una palabra, el conjunto y los detalles son encantadores. Pero lo que más seduce en ella es, por decirlo así, un perfume de honestidad que se desprende de tan envidiable joven y se esparce al rededor suyo.

Tiene á su lado una niña de tres años y medio, adorable criatura, cuyos rasgos fisonómicos parecen calcados en los suyos. Encuéntrase en ésta la misma mirada dulce y algo triste, la misma graciosa sonrisa. Los cabellos, que caen sobre sus hombros redondos y blancos, medio descubiertos, son de un tinte más suave que los de la madre, y la nariz conserva aún esa forma indecisa particular á los niños. Los brazos desnudos son maravillas de arte. El traje, sin colores llamativos, sin pretender causar efecto, está muy cuidado, con detalles y refinamientos de coquetería que sólo una madre sabe inventar para hacer aún más hermosa á una hija adorada.

La niña, subida en una de las butacas de hierro del paseo, se apoya en su respaldo, del

cual apenas sobresale su cabeza, y la madre, en pie, detrás de ella, la tiene cogida por debajo de los brazos, para poderla levantar un momento, cuando quiere hacerla ver algún objeto. En la primera fila de sillas parecen ocuparse solamente de los caballos y de los carruajes; pero si la niña no los pierde de vista, la madre no se distrae más que con su niña, inclinándose continuamente para hablarla, sonreírse con ella y besarla. En aquella muchedumbre sin fisonomía propia, aquella mujer encantadora y aquella preciosa niña detienen la vista contemplando tan gracioso grupo.

Una persona, entre los paseantes, parece observarle atentamente. Es una mujer pequeña, delgada, seca, angulosa. Lleva un vestido ancho, de forma antigua, evidentemente destinado á disimular su talle y hacer que no se pueda conocer su edad. Un velo de gasa, muy espeso, de color castaña, puesto en moda por las inglesas, cubre su rostro, arrollándose por detrás de la cabeza, y no contento con ocultar los rasgos de su fisonomía, no permite adivinar el tinte y el matiz de los cabellos. Sin embargo, la mirada es tan brillante, tan metálica, por decirlo así, que parece atravesar el velo, y siguiéndola con atención, podría vérsela fija ávidamente sobre la madre y la hija.

¿A qué sentimiento obedecía? ¿Era admiración, envidia ú odio? Si la dominase la primera, no temería ser descubierta, no se ocultaría con tanto cuidado. No se la vería llevar con tanta frecuencia la mano al velo para impedir que se entreabriese y se ensanchasen sus pliegues; no se la ocurriría echarse hacia atrás cuando la joven se volvía hacia donde ella estaba; y sin perderla de vista, no trataría de ocultarse entre los que la rodeaban, á fin de no ser notada y no dejar que sospechasen su presencia entre la multitud.

No solamente se halla bajo el influjo de algún mal pensamiento, sino que debe acariciar algún sombrío proyecto. En dos ocasiones distintas en que se han producido en el paseo uno de esos incidentes que ponen en conmoción á los paseantes, atrayendo su atención y haciéndosela refluir á un solo punto, abandonó su sitio y se aproximó á la madre y á la niña. Cualquiera que se hubiese dedicado á observar á aquella mujer, la hubiese comparado á un ave de rapiña balanceándose en el aire, pronta á caer, en el momento oportuno, sobre su víctima.

Pero, ya lo hemos dicho: nadie entre aquella muchedumbre pensaba en ocuparse ni de la niña que estaba en brazos de su madre, ni

de aquella mujer oculta bajo el velo, que parecía espiarla. Los curiosos reunidos en el ángulo de la avenida Marigny y de los Campos Eliseos, no tenían miradas más que para el desfile de carruajes, y prestaban oído tan sólo á las conversaciones sostenidas en el grupo de las cuatro personas de que hemos hablado.

Las conversaciones eran sostenidas en alta voz por Enriqueta y sus compañeros, sin ocuparse en lo más mínimo de la gente que les rodeaba, y como si, en vez de estar al aire libre, cercados de desconocidos, estuviesen sentados tranquilamente en un gabinete del café Inglés. Muchos parisienses aparentan no preocuparse de las personas extrañas á su sociedad. Continúan discutiendo, hablando, preguntando y respondiéndose, sin ocuparse de las expresiones malsonantes que puedan escapárseles, y sin dignarse bajar el tono de la voz para ponerse á cubierto de oídos indiscretos. En cuanto á sus acciones, se muestran poco reservados, y no se ocupan jamás del asombro que causan ni de los ligeros rumores que á su lado se elevan. Aquella muchedumbre lleva otros vestidos distintos á los suyos, otras costumbres, otro lenguaje, y es como si para ellos no existiese. Nos hacen recordar aquellas damas romanas de la antigüedad,

que no temían meterse en el baño delante de sus esclavos, sin distinción de sexos, con el pretexto de que un esclavo no era un hombre.

Pero si los individuos que se hallaban cerca de aquellas señoras y caballeros no pierden una palabra de su conversación, en cambio les sucede que no entienden muchas de ellas. Esa es otra propiedad inherente á ellos. Muchos parisienses hablan una lengua que les es propia, llena de reticencias, de neologismos y de equívocos, perfectamente comprendida en la Magdalena, en el *faubourg* Montmartre, en muchos barrios de Viena, de Londres, de San Petersburgo; pero es una lengua muerta para muchos habitantes de París. Es preciso haber vivido cierta existencia, estar iniciado en los secretos de diversos cultos para sorprender los matices y las finuras de esas conversaciones medio extranjeras, en las que las sombras que las oscurecen las prestan gran atractivo y las dan el encanto de lo misterioso y de lo desconocido.

—Príncipe—decía en alta voz Enriqueta,—mirad, allá abajo una de esas dos Carolinas que pasan en sus landós de cinco luces.

—Ya la veo—respondió el príncipe,—siempre está tan majestuosa.

—¿Sabéis con qué mote la llamaban ayer en una comida?

—No puedo adivinarlo.

—Pues, la ciudad de Strasbourg.

—¿Por qué?

—Porque se parece á la estatua de la plaza de la Concordia. La misma estatura, la misma regularidad en sus facciones, la misma majestad, como decís ahora.

—Bastá ya—dijo Blanca, que fué la única que comprendió aquel juego de palabras.

—No tal—exclamó el bello Guerlain,—el retrato sería incompleto si no añadieseis que tiene un acento alsaciano de los más pronunciados. Aún me parece oírla decir á mi oído estas palabras melodiosas, que le son muy familiares, porque le gusta mucho la oscuridad: «Apaga la bujía.»

Nadie escuchaba ya á Guerlain. La atención de todos se había dirigido sobre una mujer de pequeña estatura, en traje de rigoroso luto, rubia y muy bonita, medio oculta en un *coupe* de color oscuro, sentada al lado de una señora venerable. Blanca acababa de decir su nombre, y todos recordaron haberla aplaudido el año anterior en uno de los teatros de París.

—Es—añadió—la hermana de X... esa actriz tan bonita, á quien sus enemigos no ponen más defecto que su excesiva delgadez, porque no pueden echarla en cara otra cosa.

—No se conmueve por nada—respondió Enriqueta,—es la primera en burlarse de sí misma. «Soy tan delgada, decía en el escenario de su teatro, que puede llover á torrentes sin que me moje; me escurro entre las gotas de agua.»

Se oyeron algunas carcajadas, el público había oído las frases de Enriqueta.

De nuevo pasó un *huit resorts* y dijo el príncipe:

—Mirad qué bien le guía. ¡Por vida del... la que le ocupa es muy conocida por su elegancia y por su lujo. ¿Habéis visto su hotel de la avenida Friendland? Es una maravilla. El tocador está adornado de encajes y tiene una pila de plata para bañarse, magnífica, que dan deseos...

—¿De bañarse en ella?

—No, de quitársela.

Dos jovencitas que estaban cerca oyeron la frase y se dieron con el codo.

—Has oído—dijo una de ellas.—¡Plata y encajes! ¿Será posible?

—Ya lo creo, hay muchas mujeres que los tendrán como esa, pero no son dignas de envidia.

—¡Quién sabe!—murmuró su compañera, pensativa.

IV

Continuaban haciéndose observaciones en el grupo compuesto del príncipe de Guerlain, de Enriqueta y de Blanca, y los que le rodeaban estrechaban el círculo que alrededor suyo hacían para no perder ni una sola de sus palabras.

La joven cuyo retrato hemos delineado en el capítulo anterior, dedicada por completo á su hija, no prestaba á aquellas conversaciones una gran atención, y la que se ocultaba bajo el velo, perdida entre la muchedumbre, tenía siempre fijos anhelosamente los ojos sobre la madre y la niña, sin que hubiese nada que la hiciese arrancar del espionaje que parecía haberse impuesto.

—¿Ves esa que pasa, del teatro del Palais Royal?—preguntó Enriqueta.

—¿Por dónde?

—Allá lejos, aquella joven pequeña y tan bien formada.

—No tiene nada de particular que lo sea, es un deber suyo; ha servido de modelo á los pintores. Pero después...

—¡Chist!—dijo vivamente el príncipe,—que es amiga mía, y no quiero que habléis mal de ella.

—¡Oh! una amazona va en ese grupo!—exclamó Blanca.—¡Calla, si es D...! Por qué diablos montará hoy á caballo.

—Por coquetería, querida,—respondió Guerlain.—Si su cabeza recuerda los mejores retratos de Greuze, su cuerpo deja mucho que desear. Tiene unos cuantos kilómetros de largo, y gracias á los pliegues de la amazona, puede disimular su longitud.

—Quien había de pensar que iba á estar de moda por causa de un gato! Sí, señores, un gato que supo dar á tiempo, cuando sitiaron á París los prusianos, al hijo de uno de nuestros más importantes comerciantes de diamantes. El joven puso el gato en el asador, y un magnífico cuarto á D...

Apenas concluyó Enriqueta esta anécdota, exclamó el príncipe:

—Os anuncio tres carruajes con otras tantas mujeres conocidas: A... la condesa Z... y la baronesa de X...

—¡Oh!—replicó con viveza Guerlain, con

su aire pretencioso;—no hablemos de clichés viejos.

—¿Qué entendéis vos por clichés viejos?

—Las mujeres de mundo cuyo nombre se encuentra en los periódicos al día siguiente de las grandes solemnidades. Hace veinte años que duran. Se las ha nombrado y se las nombrará bajo toda clase de instituciones políticas. Nuestros *reporters* tienen el trabajo hecho con relación á esas damas. Han estado, están y estarán en todas las festividades parisienses, como bailes, corridas de caballos y representaciones extraordinarias. Pueden, sin temor de engañarse, y sin salir de las redacciones, estar seguros de haberlas visto en la primera representación de una obra de Emilio Augier, para marcharse en seguida al baile de la Embajada Otomana. Se cuentan una docena de ellas, cuyo nombre está escrito en las formas de todas las imprentas, y que se citan á diestro y siniestro en los artículos de la *high life*.

—Pero no tienen esas desgraciadas culpa de ello—dijo Enriqueta;—de seguro que no serán ellas quienes pidan servir de pasto á la murmuración general.

—Al contrario—replicó Guerlain,—son ellas casi siempre las que lo piden, ó hacen

indirectamente comprender que les agradaría mucho ser citadas. ¿No han tenido tiempo da protestar contra ese anuncio diario si no no las gustase?

—No serían oídas tal vez.

—No tal, si por descuido ocurre que un periódico se ocupe de una mujer enemiga del ruido y del reclamo, pero á quien gustan las distracciones honestas y lícitas, sin que de ello se entere el universo entero, y sin que sea preciso que suene su nombre y el de sus hijos en todas partes, una observación basta para que se calle en lo sucesivo el periódico; estad seguras de ello, no se pasa, si no se quiere, á ese estado de clichés viejos que antes decía.

Mientras que el príncipe, por educación, escuchaba las disertaciones de Guerlain, las dos mujeres continuaron ocupadas en ver el desfile de carruajes.

—Mira—decía Blanca—la italiana cuyo nombre no sabré pronunciar nunca.

—Y es muy bonito—respondió Enriqueta,—respira alegría.

—Su *huit resorts* nuevo es magnífico.

—Sí, pero no impide que no deje de acordarse de su duque.

—¡Calla! la bella D... la reina de las comedias de magia, ha vuelto de nuevo á darse á

luz. ¡Que atalaje! Y el carruaje es soberbio. ¿Dónde habrá encontrado todo eso?

—En Rusia, querida; abandonó durante un invierno su vida parisién por San Petersburgo, y eso es lo que ha dado de sí ese cambio.

—¡Qué traje tan sencillo lleva!

—Tendrá miedo de arruinarse—replicó el príncipe, que se mezcló en la conversación,— está tan bien hecha, que con nada que viste... Es de esas de quienes se ha dicho «Podría vestirse con un bramante.»

—¡Atención! —dijo repentinamente Gerlain—¡Presenten armas! Ya pasa la antigua guardia.

—¿Por qué dices la antigua guardia?—observó Enriqueta.—Me parece que la guardia muere, pero no se rinde. Y esas señoras, por el contrario, no mueren, pero se rinden.

—¡Bravo, Enriqueta, bravo!—exclamaron todos.

—Señores, mi memoria será lo único que merezca esos plácemes, pero tengo la indiscreción de tomarlos para mí, y por agradecimiento os voy á contar una anécdota reciente sobre la antigua guardia.

—Te escuchamos, y no se te interrumpirá.

—Alicia, la morena esa que ha dado nombre á una pasta, disputaba ayer con la dama

de las esmeraldas; habían ya cambiado varios insultos, cuando Alicia, parándose de repente, dijo: «Perdón, señora, retiró las palabras que puedan ofenderos, y os pido mil perdones. No había conocido nunca á mi madre, y me parece que debéis ser vos.»

—¡Bah!—exclamó el príncipe,—no comprendo esa manía de las mujeres, de tramar riña en cuanto se trata de su edad. A ciertas gentes sencillas las convencen de que acaban de salir del cascarón. La joven D... está en las mejores relaciones con A... y, preguntándola el número exacto de inviernos de esa antiquísima beldad, respondió: «Ella confiesa que tiene cuarenta, pero, según mis cálculos, no puede tener más de treinta años.»

Esta fineza llegó á los oídos de aquella joven mamá de que nos hemos ocupado varios veces. No pudo por menos de sonreirse. En cuanto á los demás que les rodeaban, cada vez prestaron mayor atención á aquellas conversaciones. Uno de ellos había sacado una cartera del bolsillo y tomaba notas para repetir por la noche, cuando estuviese en familia, las frases que escuchaba. Las dos jóvenes de la clase media de que también hemos hablado antes, parecían escandalizarse: se ponían coloradas, volvían la cabeza, levantaban los hom-

bros en señal de desdén, pero no daban un paso para alejarse de allí.

—¿Quién es aquella que pasa en esa victoria?—decía Guerlain.

—Es—respondió el príncipe—una persona muy amable, que se hace recomendar por su gracia y su belleza á vuestra clemencia, á pesar de la mala fama que tiene.

Guerlain no insistió más: acababa de dar, de un modo indirecto, el nombre de bautismo y el apellido de la mujer de que se trataba; pero la gente que estaba alrededor no tenía la clave de aquella frase, y se quedaron medio atontados.

—Esa Luisa M... tiene una bonita cabeza—exclamó Blanca.

—¡Encantadora, pero qué estatura! Es tan alta, que se ve obligada á inclinarse cuando tiene uno que hablarla al oído.

—¿Sabéis lo que la pasó con D... el oficial de dragones?

—No.

—Pues oídlo. Le engañó con uno de sus mejores amigos D... supo esta infidelidad, y la hizo terribles amenazas. «¿Qué quieres—respondió Luisa,—no podía negarle nada, te quería tanto!»

Esta última anécdota de Guerlain no pro-

dujo ningún efecto. No se le escuchaba la atención de sus compañeros y la de todos los que les cercaban, se había dirigido repentinamente hacia la carretera.

Hacia un instante que en un claro que se había hecho entre los coches, un *breack*, tirado por cuatro caballos, había podido romper la fila y lanzarse al trote en el pequeño espacio que había quedado libre. Pero apenas había recorrido unos cincuenta metros escasos, tuvo que volverse á poner de nuevo al paso; los demás carruajes se habían unido de nuevo y le impedían continuar corriendo. Los caballos, detenidos bruscamente, se encabitaron y, asustados, se echaron á derecha é izquierda. Una victoria, para evitar el choque con el *breack*, hizo un torpe movimiento y se enganchó en las ruedas de otro coche. La lanza de una carretela se introdujo en la caja de un *coupé*, ocurriendo muchos accidentes.

Los testigos presenciales de aquel conflicto se lanzaron hacia los coches para prestar su ayuda. Los paseantes que no se apercibieron de nada, veían á muchas personas dirigirse hacia un mismo punto, las siguieron por curiosidad, y sobre todo, por ese espíritu de imitación exclusivo de todas las muchedumbres. De ahí resultó un desorden inmenso, una con-

fusión extremada: las sillas fueron invadidas durante cinco minutos; se empujaba, se atropellaba, se aplastaban. Poco á poco, sin embargo, se restableció la calma, acudieron los guardias hicieron colocar, arrimados á las aceras los carruajes víctimas del accidente, obligaron á los demás á ponerse en marcha, y los curiosos, satisfechos ya, empezaron de nuevo su paseo.

Pero entonces, en la esquina de los Campos Eliseos y de la avenida Marigny, en el centro del grupo de que más especialmente nos hemos ocupado hasta ahora, se oyó resonar un grito terrible, al que siguieron inmediatamente estas palabras:

—¡Mi hija! ¡mi hija! ¡me han robado mi hija!

V

Ciertos gritos tienen el privilegio de sacar á los más indiferentes de su egoísmo natural. Sucédeles que en medio de la noche oyen las voces de ¡ladrones! y apenas si por curiosidad abren las ventanas para mirar á la calle.

Porque ¿qué riesgo corren? La casa está cerrada, los cerrojos echados. Al día siguiente habrá tiempo de preguntar el nombre del robado y de compadecersele su suerte. Pero si son despertados por el grito de ¡fuego! ¡fuego! al momento se visten apresuradamente, salen de su habitación, llaman á la puerta del vecino y no se acuestan hasta después de haber ayudado á extinguir el incendio. Esta última voz de alerta les interesa directamente: siéntense expuestos á un peligro; sus intereses, su vida acaso se hallan amenazados.

Lo mismo sucede con ciertas quejas, con ciertas voces de auxilio desesperadas; despiertan á los tímidos y conmueven á los más valientes. No hay nadie que pueda permanecer insensible á las quejas de una madre que pide á su hijo arrancado de sus brazos, y que, hacía poco, cubría de besos. La otra madre, que sentada cerca de ella, tiene la dicha de estrechar sobre su corazón á su pequeñuelo, al abrigo de todo peligro, no se conmueve menos con las lágrimas que ve correr; ¿no tendrá que verterlas algún día por un motivo análogo? ¿Todas las madres no se hallan expuestas á las mismas alarmas, á los mismos infortunios? Aquel gran dolor la hiere también y llora, no por la suerte de una extraña, sino por los